

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

Catedral, 9 de abril de 2017

Hemos proclamado la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo según el evangelista San Mateo. El relato da comienzo con la traición de Judas y el acuerdo de éste con los judíos. Judas les dice: “¿Cuánto estáis dispuestos a darme si os lo entrego?” El evangelista Mateo subraya de una manera especial la figura de Judas y su traición, pues ve en él al apóstol traidor que se convierte en modelo de los discípulos que rompen definitivamente su unión con Jesucristo. Judas rompe con Jesús porque su mente y su corazón no se abrieron nunca a la gracia salvadora de Cristo. Judas no creyó en Jesús porque sólo creía en una idea y en sí mismo. Judas no quiso convertirse al evangelio porque sólo le interesaba el aspecto material de la vida cifrado en el dinero. Judas, como Adán en el Paraíso, es prisionero de su soberbia que le incita incluso a vender al que era su fiel amigo.

Judas no entendió nada de lo que Jesús decía y hacía. Podría haberle dicho a Jesús que no quería seguirle cuando le llamó para ser discípulo como aquel joven rico. Pero no. Su ambición y su soberbia no se lo permitieron. El iba a lo suyo, a su interés. Permaneció hipócritamente al lado de Jesús hasta que encontró la ocasión de deshacerse sacando algún provecho material. Judas pasó a la historia como el que entregó a Jesús a la muerte a cambio de dinero. Jesús mismo le dice como respuesta al beso y al saludo en el Huerto de los Olivos: “Judas, ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?”. La entrega que Judas hace de Jesús en realidad es aparente porque nadie tiene autoridad en este mundo para quitarle la vida a Jesús, el autor de la vida. Así lo había anunciado el Señor: “Nadie tiene poder para quitarme la vida; soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo, Esta es la misión que debo cumplir con encargo de mi Padre” (Jn 10,18). Judas, al entregar a Jesús está ocupando ficticiamente el lugar que le corresponde a Dios Padre.

La ambición personal, el egoísmo, la cerrazón de ideas y de mente y su propia cobardía avocaron a Judas a la traición. Cometida la traición, Judas no pudo vivir, a pesar de su arrepentimiento, porque el remordimiento de conciencia lo ahogaba. Al final murió como un perdido colgándose de un árbol. ¡Qué desgracia! ¿Para qué sirvió tanta ambición personal? ¿Para qué le sirvió aprovecharse de la amistad que Jesús le ofrecía? Sólo para amargarse a la vida y amargarla a los demás.

Queridos hermanos: La traición es uno de los pecados más graves que puede cometer una persona. La traición tiene relación directa con la infidelidad. ¡Cuántos besos y abrazos de esposos o de novios son besos y abrazos de traición por la infidelidad! ¡Cuántas palmaditas en la espalda de amigos, socios o compañeros de trabajo son puñales de traición! Los traidores son cobardes que no se enfrentan a sus problemas y aparentan lo que no son. ¡Evitemos por todos los medios traicionar a las personas! Una familia, una sociedad, una empresa, un grupo de amigos, incluso una iglesia donde constantemente se maquine la traición y se conspire contra los demás está avocada al fracaso porque el ambiente de desconfianza y temor entre las personas se hará irrespirable.

Por el contrario, en el evangelio de San Juan encontramos la antítesis de Judas en la Pasión: el discípulo amado que la tradición identificó con San Juan evangelista. El discípulo a quien Jesús tanto quería no lo abandonó nunca, no huyó, ni lo negó ni lo traicionó. Fue fiel hasta el final y allí al pie de la Cruz, llorando al lado de la Madre de Jesús, la Virgen María, recibió del mismo Señor el encargo de cuidarla y de recibirla en su casa.

Así como la traición es uno de los pecados más graves, la fidelidad es una de las virtudes más importantes para el desarrollo como personas humanas. La fidelidad nace del amor verdadero, sin engaño. El amor del que habla San Pablo en la Primera Carta a los Corintios. La fidelidad crea ambientes de auténtica humanidad que son como trozos de cielo en la tierra. Y así cuando los esposos son fieles y sus besos son expresión del amor y de la entrega o cuando los pactos entre los Estados, las instituciones, las sociedades empresariales o la política se respetan con fidelidad, entonces todos nos sentimos seguros, tranquilos y felices porque sabemos que nuestro interlocutor no nos engañará y ni traicionará.

Querido hermano: Te invito a que te examines interiormente mirando a Cristo muerto en la Cruz por nuestros pecados. ¿Eres traidor a tu fe, a tus principios, a tu familia, a tus amigos, a tus compañeros, a ti mismo o eres fiel a tu fe, a tus principios, a tu familia, a tus amigos, a tus compañeros y a ti mismo? En todo caso ten presente siempre que Jesús nunca te traicionará, Él es el amigo fiel que nunca nos abandona a nuestra suerte porque va delante, detrás y a nuestro lado en el camino de la vida. ¿Qué esta Semana Santa sea para ti un tiempo para ahondar en la fidelidad por amor a Dios y a los hermanos!

† Juan Antonio, obispo de Astorga